

Cuatro notas sobre los intelectuales

Hablar en abstracto de los intelectuales es casi siempre peligroso. El nombre carece de un carácter análogo que lo haga extensible a todas las latitudes y continentes. En su valoración intervienen no solamente los llanos elementos históricos, sino también ciertos condicionamientos geográficos, económicos y sobre todo, sociales. No es igual hablar de la nueva intelectualidad argelina que de los intelectuales suecos. No es igual escribir sobre los intelectuales pertenecientes a un país desarrollado que sobre los que viven en un país en situación estacionaria de infradesarrollo. Por eso, y con objeto de evitar generalizaciones descabelladas, estas notas quieren referirse a “ciertos” intelectuales que habitan en “cierto” país, que a su vez posee condiciones de vida “determinadas”. Todo lo demás sería irse por los cerros de Ubeda, y aunque el análisis de esta técnica también podría ser adaptable al mundo y al grupo de hombres que comentamos nuestro punto de mira señala otros horizontes.

Anti-intelectualismo y radicalización.

Los términos y los conceptos por mor de las cosas pueden cargarse de tendenciosidad, adquirir matices que primariamente desconocían y hacerse subversivos u odiosos. De un tiempo a esta parte la palabra “intelectual” se ha cargado de tendenciosidad hasta límites extremos. Y lo que es más, en ciertos momentos ha adquirido un sentido peyorativo no por nuevo, sorprendente. El término intelectual es un término ambiguo, al que pueden adaptarse sin miedo multitud de características y significados con un nivel significativo aproximado. Según las circunstancias las palabras varían de sentido. Pero no se trata sólo de circunstancias gramaticales.

Tras el Octubre Rojo de Rusia el término intelectual tuvo un carácter eminentemente reaccionario. Intelectual era sinónimo de burgués, de menchevique, de traidor al pueblo y a la revolución. Recientemente en nuestro país el término —debido a ciertos hechos por todos conocidos— tomó también un sentido político, a veces peyorativo y otras veces apologético. De un lado y de otro se hablaba de “falsos” y de “verdaderos” intelectuales y en nombre de no sé cuántas normas estéticas y aún éticas unos y otros se arrojan la representación verdadera, ortodoxa y fiel de la intelectualidad patria.

No vamos a señalar razones ni a aducir convencimientos. Simplemente queremos dejar en claro un hecho por lo demás meridiano: basta con que una determinada situación se radicalice para que los elementos que integran su estructura se coloquen en el campo del bien o del mal, y lo que es peor, queden desacreditados para quienes "ven los toros desde la barrera". Hoy, me atrevería a decir, son multitud los españoles que piensan que ser intelectual es algo ofensivo, intolerable y criminal.

Por supuesto que el hecho no es nuevo. El radicalismo cuando se hace individual lleva a idénticas situaciones. He aquí lo que pensaba Barrés de los intelectuales: "son unos individuos persuadidos de que la sociedad debe fundarse sobre su lógica". O el infantil incómodo del periodista Maurice Paleologue ante la proliferación del grupo intelectual en la Francia del "affaire Dreyfus": "El solo hecho de que se haya recientemente creado este nombre de intelectuales para designar, como una especie de casta nobiliaria, a las gentes que viven en los laboratorios y las bibliotecas, este solo hecho denuncia uno de los caprichos más ridículos de nuestro tiempo, es decir, la pretensión de elevar a los escritores, sabios, profesores, filólogos, al rango de superhombres". ¿No encuentra el lector tremendos parecidos entre este párrafo y otros mucho más recientes? Es lógico que así sea. La radicalización no era un fenómeno exclusivo de Francia en 1894. El radicalismo que engendra el descrédito de la "clase" o "grupo" intelectual es un fenómeno por desgracia tan actual como los satélites artificiales.

Vemos que toda radicalización del concepto de intelectual trae consigo un descrédito eminente. Pero ¿descrédito hacia quién? Los intelectuales no son una entidad compacta y sindicada, con oscuras relaciones e inconfesables propósitos. Se hace menester repetir la pregunta de Emiliano Aguado en un reciente libro: ¿dónde están los intelectuales?

¿Grupo o clase?

Cuando se desea saber el lugar en donde se hallan los intelectuales es obvio suponer que se trata de su lugar social, de su sitio en la sociedad. No nos referimos al lugar físico, al espacio, puesto que a esa pregunta paradójicamente sería mucho más difícil de responder. Hay intelectuales de café e intelectuales de biblioteca, hay intelectuales de provincia e intelectuales de capital. Hay, en suma, intelectuales buenos y malos.

Cuando preguntamos por el sitio que ocupan los intelectuales en la sociedad nos referimos a la anatomía de su situación, al contexto de su "asociación". Me explico: la comunidad de intereses o preocupaciones, los idénticos problemas y argumentos con los que choca individualmente cada intelectual, sirven de elemento cohesivo, ayudan a la formación de una estructura de intereses. ¿Son los intelectuales una clase o por el contrario un simple grupo dentro de una clase determinada?

Generalmente para saber si un conglomerado social puede ser denominado como clase, se utilizan los siguientes caracteres: género de vida, lugar dentro del sistema de producción, nivel socio-económico y conciencia de clase. Ninguno de estos cuatro caracteres pueden ser adaptados al intelectual considerado como colectividad. Pertenecer a una clase casi siempre entraña conciencia de que se está y se vive dentro de un contexto social determinado,

compartir un nivel y género de vida similar y formar parte de un sistema de producción extensible e idéntico.

A nuestro juicio la cuestión debe plantearse desde otro punto de vista: ¿los intelectuales constituyen un grupo social autónomo e independiente, o bien cada grupo social tiene su propia categoría especializada de intelectuales?

En el mundo occidental tal pregunta se responde por sí sola. Los intelectuales pertenecen generalmente a una clase, carecen de toda autonomía e independencia y proporcionan armas ideológicas, respuestas y pensamiento a la clase a la que pertenecen. Son un grupo social, un compartimento dentro de una determinada clase —la burguesía— no sólo desde el punto de vista de origen, sino también desde la perspectiva de su actuación. Cada grupo social que nace sobre el terreno original de una función esencial en el mundo de la producción económica creado al mismo tiempo que él, tiene una o varias capas —niveles— de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función no solamente en el dominio económico, sino también en el social y político.

Es preciso no olvidar esto: los intelectuales en el mundo libre son producto de una clase, viven “en” ella, y “de ella”, le proporcionan conciencia como grupo social y le ayudan a sustentar los caracteres e ideologías propias, le proporcionan, en suma, la substancia intelectual y moral que cualquier organización precisa para subsistir. Es preciso señalar que en el terreno de la realidad concreta la formación de capas intelectuales no se produce sobre un terreno democrático abstracto, sino según un proceso histórico tradicional y muy concreto. El origen de los intelectuales en Europa y América es homogéneo o casi homogéneo: pertenecen generalmente a estructuras y grupos sociales burgueses ya sea de la pequeña o media burguesía del campo o de la media burguesía. Aquí viene a cuento la aguda distinción entre intelectuales urbanos e intelectuales campesinos (de pequeñas villas) que tan útil podría ser para un estudio de la intelectualidad en nuestra patria. Por desgracia, este estudio supera con mucho el propósito de estas líneas.

Compromiso de clase.

Con lo dicho anteriormente podemos afirmar algo que, solamente a duras penas, es aceptado por la “inteligencia” de todos los países: los intelectuales por una simple ley de fidelidad a la clase burguesa en la que viven y se desarrollan aceptan un compromiso de clase referido a su origen. Este compromiso, bueno o malo, patente o latente, emerge cuando las circunstancias históricas se agudizan y las circunstancias obligan a una catarsis conceptual. Me explico de nuevo: cada país y cada pueblo tiene a través de su historia momentos que vamos a denominar “decisivos” en los que salen al descubierto las verdaderas razones que mueven el desarrollo social e histórico. Son épocas en las que la conciencia del intelectual y del tendero, del noble o proletario captan, aunque sea confusamente, el sentido de la aventura vital de un país —de su país—. Es entonces cuando caen los seudoradicalismos, las posturas estereotipadas, los esnobismos intolerables. Es entonces —precisamente— cuando el intelectual se compromete verdaderamente con su clase y le es fiel de cuerpo y alma. Estos momentos “decisivos” que aportan tan rara claridad no son desde luego muy numerosos. No son ni siquiera per-

ceptibles si no se viven desde el terreno de lo fáctico. Todo se clarifica a vertiginoso ritmo. El esnobismo anti-burgués de ciertos intelectuales cae y se convierte en una mueca carnavalesca. “Estamos tirando piedras contra nuestro propio tejado”, parecen decir. Y tienen razón.

El compromiso de los intelectuales no precisa declararse a voz en grito. Incluso su negación —como Sartre ha demostrado— constituye por sí misma una acción positiva. No cabe la inacción, puesto que todo queda en el lugar del “haber”.

Al respecto conviene tirar por tierra un tópico que, por paradoja, es una auténtica falsedad. Se ha dicho con demasiada frecuencia: “los intelectuales son unos funcionarios a sueldo de la burguesía”. Y ello es falso por lo menos en cierto nivel. Los intelectuales *son* la propia burguesía y no precisan estar a sueldo de nadie (aunque en muchos casos lo estén); su compromiso —político, social—, es un compromiso de clase, derivado de la clase burguesa y de sus necesidades. Es claro que cuando hablamos de clase lo hacemos en el sentido de clase “esencial” (la denominación es de Gramsci) que es aquella que desde el punto de vista histórico tiene capacidad para tomar el poder y asumir la dirección de otras clases. Solamente así cabe entender la actividad intelectual en la burguesía: como esencialidad espiritual tendente a un fin y referida a determinados problemas de tipo esencial. Y solamente así puede explicarse en toda su complejidad la supuesta burocratización del intelectual en la sociedad contemporánea. Las actitudes intelectuales emergentes en épocas decisivas son para algunos países actitudes burguesas, esencialmente burguesas aunque aparentemente tengan un cariz —falso cariz— revolucionario.

Que el compromiso de los intelectuales tenga origen y sentido burgués en nada obstaculiza la fidelidad de estos intelectuales al pueblo. La dinámica de las clases no se radicaliza ni se nihiliza históricamente. La esencialidad de un determinado contexto social no trae consigo el determinismo dogmático y monopolístico que ciertos marxistas desean para el proletariado. La burguesía como esencia histórica ha estado y sigue estando unida a la realidad pueblo apasionada e intensamente. Todo lo contrario es caer en un ingenuo maniqueísmo, hipócrita y descarado, que pretende trasplantar al mundo de la ideología los oscuros deseos de ciertos pensadores. Es así que el origen y sentido del compromiso intelectual para nada significa clara traición a la historia del hombre y de la humanidad, al desarrollo histórico como totalidad dialéctica. Solamente cuando los intelectuales se unen descaradamente a las fuerzas reaccionarias y de la regresión que todavía oprimen a las masas están haciendo traición al pueblo. Traición tanto más culpable cuanto es precisamente a los intelectuales a quienes debe exigírseles un mayor sentido de la realidad, una mayor hondura en la interpretación histórica.

Desarrollo y testimonio.

“Voluntaria o involuntariamente, dice Jean Kanapa, el intelectual es un heraldo de la burguesía”. En efecto, la observación es válida. Pero no debe servir para una condena a priori. Louis Bodin dice al respecto algo bien gráfico: “cuanto más desarrolladas están una sociedad y una economía, mayor número hay de intelectuales... las razones de este fenómeno son bien

simples: como obra de expertos y técnicos el desarrollo económico precisa de un número creciente de cuadros, sin mirar su origen social". Así, pues, solamente el desarrollo económico puede llegar a superar el sentido burgués que el mundo de los intelectuales lleva consigo.

En efecto, estamos siendo testigos de esta transformación, de esta proletarianización del intelectual a medida que el desarrollo es una realidad. Los intelectuales tienen en la actualidad —me refiero a Europa— bases ciertamente seguras para ser considerados "productores de cultura", con independencia de su origen social. Los nuevos sistemas de protección escolar, la elevación del nivel de vida, servirán para emancipar de la tutela burguesa a los hombres del espíritu y darles cierta independencia que los hará más libres, más eficaces y más honestos.

Nadie piense hoy —como Maurice Paleologue— que los intelectuales son una especie de inaccesibles superhombres diferentes del pueblo llano. Pese a lo que muchos piensan, los intelectuales de hoy día son más pobres, más humildes y más eficientes que los de hace treinta años. Y lo son, porque comienzan a ver claro su destino, comienzan a profesionalizar su condición.

En nuestro país hay una larga y poco esperanzadora tradición que viene a decir más o menos lo que Kanapa dice de los intelectuales en general. Sigue existiendo una "inteligencia" de profesores, de sabios, de eruditos y de creadores, que vive separada radicalmente del mundo y de la historia, encerrada en una hermética cámara a la que llegan apagados los ruidos del exterior. La vaciedad de esta "inteligencia", su falta de perspicacia, de nacionalismo, de honestidad es algo que naturalmente no vamos a señalar. Demasiadas veces se ha dicho.

La simple aparición de un libro metafísico, la frase afortunada de cualquier histrión, el comentario jocoso de un héroe local levanta un griterío en ese coro de ineptos que se llaman a sí mismos intelectuales, cuando no son más que simples y obedientes funcionarios de un mundo que agoniza. ¡Claro que su actitud es reprochable! Y miedosa. Si de algo están seguros es que "algo huele mal en Dinamarca". Mientras tanto, siguen viviendo.

El intelectual en nuestros días debe dar testimonio. Su labor debe ser primariamente ésta. Su política, también. Testimonio del mundo y de los hombres, de la condición humana y de las circunstancias que motivan esta condición. Y debe darla porque en realidad si no lo hiciese "ya lo estaba haciendo" aunque de una forma criminal. Los intelectuales no pueden jamás arrogarse el derecho a representar el interés colectivo de un pueblo o de una nación. No pueden, y si lo hacen pierden sencillamente su derecho a pertenecer a este pueblo. Pero cuando el pueblo calla —y no asiente—, cuando se encuentra aherrojado y mudo, cuando en realidad quiere gritar y lo amordazan, entonces, sí. Entonces el intelectual —como hombre, como testigo—, debe alzar su voz, proclamar su derecho, destrozarse incluso la garganta "hasta llegar a las puertas de la sangre".

ALBERTO MIGUEZ